

La formación de profesores en Iberoamérica (1)

por Angel Oliveros Alonso

PRESENTACION

Este documento pretende mostrar algunas de las opciones que se plantean a los dirigentes de la educación iberoamericana acerca de la formación de profesores y especialistas de la educación a plazo medio.

Los datos y las estimaciones de que parte son de carácter regional; por ello se mantiene en un plano general sin pretender describir ningún país concreto. Del mismo modo, las opciones o posibles estrategias que se señalan son líneas de acción muy generales que, en cada caso, deberían contemplarse desde la perspectiva concreta de cada sociedad y cada sistema educativo.

La estructura del documento se basa en los dos capitales aspectos de las necesidades de personal que en Iberoamérica, como en cualquier otra región del mundo, se presentan: necesidades cualitativas de mejores profesores; necesidades cuantitativas de más profesores. Entre ambos se sitúa el factor económico como condicionante de las posibilidades de acción en uno y otro sentido.

EL ASPECTO CUALITATIVO

Al lado de la preocupación por tener el número de profesores necesarios está el de conseguir los mejores profesores posibles. En realidad el tema fundamental de toda política de formación de profesores

(1) Texto del documento preparado especialmente por el doctor Angel Oliveros Alonso para la III Conferencia Iberoamericana de Ministros de Educación, celebrada en San Juan (Puerto Rico) del 1 al 7 de octubre.

es, hoy por hoy, el de qué tipo de profesor se quiere. Antes de tratar de este punto, hay que decir dos palabras sobre la consideración de la carrera docente como una totalidad.

La consideración integral de la carrera docente

Cuando se trata el tema del personal al servicio de la educación se tiende a poner el énfasis en el momento de la formación o preparación para la profesión, previo al ejercicio de ésta. Convendría, no obstante, señalar que la formación no es sino uno de los cuatro grandes factores que —modificados por otros varios secundarios y sobreañadidos— contribuyen al rendimiento profesional docente:

- a) En primer lugar, la adecuada selección de los aspirantes a la docencia tiene mucha relación con el éxito de la formación, con los avances en la carrera y con el rendimiento en servicio.
- b) La formación se relaciona con el rendimiento profesional posterior a través de variables como: cuándo se da, a qué nivel, cuál es su contenido, con qué métodos y por quién.
- c) Los atractivos de la carrera, tanto en su sentido de bienestar económico y estabilidad en el puesto, cuanto en la posibilidad de avances por escalones sucesivos, contribuyen a la satisfacción o insatisfacción personal que se refleja en el rendimiento profesional.
- d) La posibilidad de formación en servicio, concebida aún más que como un refuerzo a la continuidad en el puesto como un descubrir en el ejercicio de la profesión nuevas aptitudes que conduzcan a especializaciones sucesivas e introduzcan cambios en la, de otro modo, obligada monotonía profesional.

Desgraciadamente, pese a las copiosas investigaciones realizadas últimamente, no estamos en condiciones de determinar el peso relativo de cada uno de estos factores en ese producto final que es el buen profesor. Hoy por hoy, sólo cabría señalar que una política de preparación de personal debería incluirlos a todos y jugar con ellos en la proporción que pareciese más adecuada a las circunstancias del medio.

¿Qué tipo de profesor queremos?

Las vivas polémicas que se vienen sosteniendo sobre este punto, reflejadas en la Recomendación núm. 69 y la 35.ª Reunión de la Conferencia Internacional de Educación (Ginebra, 1975), relativa a **La evolución del papel del personal docente y consecuencias de esa evolución en la formación profesional previa y en ejercicio**, nacen de considerar al profesor como agente de una sola función fundamental, sin explorar la posibilidad de que tenga que actuar en dos o tres direcciones básicas. Este es, sin embargo, el punto clave a determinar dentro de una política educativa de formación de profesores. El tipo de profesor deseado, con la variedad de papeles o funciones que debe des-

empeñar, es la idea norte que debe guiar todos los procesos señalados, de selección, formación previa, perfeccionamiento en servicio y evaluación y progresos en la carrera docente. Una discusión amplia nacional donde estén representadas las asociaciones profesionales, los padres de familia y la ciudadanía, junto a los poderes públicos, podría ser muy conveniente como paso previo.

Hay, en primer lugar, una necesidad de introducir al niño en el mundo social y cultural en el que ha nacido, preparándolo para la complejidad de la vida y las relaciones personales e institucionales de nuestra sociedad industrial. En este caso, el profesor asume los papeles de socializador, organizador de situaciones de grupo y de utilización o juego de papeles. Deberá tener buena formación en psicología social, dinámica de grupos y estudios del medio humano. Desde el punto de vista de la selección deberían rechazarse los candidatos con poca capacidad de relación social, inestables o excesivamente introvertidos.

Existe también la necesidad de desarrollar en el niño y en el joven sus capacidades específicas y sus aptitudes creadoras que llevarían al cultivo de la originalidad personal y al descubrimiento de vocaciones. Estas no son necesariamente las profesionales —aunque no se excluyen—, sino esas aficiones y gustos ligados a aspectos profundos de la personalidad capaces de llenar los tiempos libres con actividades enriquecedoras y gratificantes. El papel del profesor es el de un incentivador y estimulador, un orientador del desarrollo, un mostrador de horizontes y perspectivas nuevas. Conductas relacionadas con la agilidad y profundidad intelectual en la percepción de problemas y situaciones son las decisivas en este caso. Como en el apartado anterior, pero muy especialmente en este caso, el profesor vale más por lo que **es** —como ser humano maduro y realizado— que por lo que **hace**. Aunque no parezcan aplicables de momento, en una consideración política por la complejidad y coste de adaptación, las teorías de último momento, como la de crear un ambiente propicio y estimulante a cada aprendizaje (matemagénesis) y la de buscar una adaptación entre los estilos cognoscitivos de profesor y alumno, no debería, en todo caso, perderse de vista el desarrollo de las investigaciones en uno y otro campo que están marcando vías innovadoras para el futuro.

Por último, es evidente que la vida nos coloca diariamente ante situaciones concretas que exigen una respuesta concreta. Comprender un aviso o un texto, utilizar un teléfono, conducir un automóvil y otras muchas parecidas son conductas reales que se nos presentan por decenas cada día y ante las que no cabe improvisar respuestas: se sabe o no se sabe. Para llegar al dominio de tales situaciones es preciso haberlas aprendido con el máximo de eficacia y precisión. He aquí el lugar del profesor como profesional específico que tiene **algo-que-enseñar** correlativo a un **algo-que-hay-que-aprender** del estudiante. Al profesor, en esta dimensión se le valora más por el **cómo hace** (lo bien o mal que enseña) que por lo que **es**. Aquí el candidato a profesor se selecciona por su capacidad de dominio de **lo-que-hay-que-enseñar** y la formación profesional se encaminará a aumentar ese dominio y a darle el de **cómo-enseñarlo**.

La pregunta que surge de modo casi inmediato es la de cuál de estos tres modos es el ideal o cuál sería su orden de preferencia. En

el estado actual de la educación la respuesta es que **los tres deberían darse**, ya que en el fondo responden a tres dimensiones que se funden e integran —aunque en proporciones variables— en cada persona que haya alcanzado el mínimo de plenitud humana que debe ser el objetivo de toda educación: su capacidad de convivencia, su posibilidad de creación y apreciación de bienes culturales y su habilidad de producir y crear bienes útiles.

La pregunta siguiente, menos trascendente, pero más práctica, es la de si estos tres tipos de profesores —con todas las variables intermedias que se quiera— pueden ser incorporados a modo de papeles que se juegan alternativa y sucesivamente por una sola persona o parece más oportuno especializar en una u otra dirección a los profesores actuales por la guía y orientación y a los futuros por la formación y el entrenamiento práctico. Es posible que esta segunda opción quepa en el futuro, pero hoy por hoy un profesor estará enraizado de acuerdo con su función dentro del conjunto docente, con la índole de su materia y con sus propias y personales aficiones en una u otra de las posturas tipificadas más arriba, pero no podrá dejar de desempeñar, siquiera sea en tono menor, los papeles que corresponden a los otros dos vértices del triángulo.

Contenido de la formación

En la preparación del profesor como profesional hay cosas que debe **saber** y **saber hacer** y que no pueden quedar al arbitrio de cada uno. Lanzar al mercado del trabajo profesionales con una formación incompleta equivale a un verdadero peligro social y a una perpetua fuente de reclamaciones y conflictos. Por otra parte, la formación profesional se establece después de una amplia zona de formación general en la que se debió dar amplias oportunidades a la educación general. Por todo ello, puede afirmarse que la proporción sustancial de las enseñanzas y actividades de formación profesional corresponderá al modelo que subordina la actuación del profesor y del alumno al trabajo que ha de realizarse. Esto supone la definición precisa de unos modelos de conducta tipificados que cubran todo el campo de actuación previsible del futuro profesional.

Una gran parte de la formación que reciben los futuros profesores es teórica. Definiciones, leyes, teorías, escuelas. Implícitamente se supone que esa formación se traducirá algún día en acción, ya que la enseñanza, como cualquier otra profesión, se valora por el éxito de su hacer. El gran cambio que se está operando en nuestros días es el de poner muy en duda aquella suposición y sustituirla por la de que "a hacer se aprende haciendo". De ahí se pasa a seleccionar algunos modelos de conducta (en la nomenclatura técnica reciben también el nombre de papeles, funciones, competencias, etc.) que todo profesor comúnmente debe realizar en su jornada profesional y, por último, se procede a preparar intensivamente a los futuros profesores para mejor hacer esos modelos. Un papel importante es la evaluación y aún más la autoevaluación de la acción por sus resultados, medida mediante registros audiovisuales, escalas y otros medios. El modelo de

acción se apoya en una concepción interdisciplinaria que rompe los viejos compartimientos estancos de las cátedras y exige un cambio profundo en las actitudes de los formadores de futuros profesores. Cualquier decisión política de reforma cualitativa de la formación de profesores debería contar con las ideas y las experiencias que se están realizando en este campo.

La duración de la formación

El profesor de enseñanza primaria tiene como promedio en la región doce años de formación. La fórmula más extendida es la de seis años de primaria, más tres del ciclo básico de secundaria, más tres de formación profesional. El profesor de enseñanza media suele tener un total de dieciséis años de formación, distribuidos así: seis de primaria, otros tantos de media y cuatro de formación universitaria. En el caso de la primaria algunos países del área llegan a los quince años de formación con tres de estudios profesionales después de la secundaria completa. Esta parece una tendencia hacia la que se van encaminando todos los sistemas educativos. Lo mismo cabe decir de la preparación de los profesores de media que se coloca en los diecisiete años. Aun cuando la cantidad de tiempo dedicada a la formación no es decisiva por cuanto viene afectada por factores como los profesores, los medios instrumentales, los planes de estudios y los métodos entre otros, sí puede afirmarse con carácter general que la eficacia futura está en razón directa al tiempo empleado en la formación.

Los nuevos medios en la formación

La eficacia del futuro profesor se verá aumentada en proporción a la calidad de los medios que se empleen en su formación. El proceso de microenseñanza y todas las técnicas que conducen a una evaluación personal y directa de registros de las prácticas han demostrado su valor. Por otra parte, los video y audio cartuchos, la enseñanza programada, los proyectos en equipo y las guías individualizadas de trabajo son técnicas muy desarrolladas que, usadas en proporciones justas, sin caer en unilateralismos excluyentes, se convierten en auxiliares valiosísimos de la formación. Un lugar destacado por sus valores sociales lo constituyen las enseñanzas radiofónicas a distancia. Es obvio que sólo con esto no se consiguen los elementos de guía, evaluación continua y enfrentamiento de situaciones prácticas que toda formación exige. Sin embargo, si se consigue una colaboración de los profesores actualmente en servicio como tutores —que necesitarían, ocioso es decirlo, una breve preparación— y centros comarcales de consulta y referencia, estos programas pueden dar excelentes resultados a muy bajo costo y, sobre todo, cumpliendo la función social de llevar los medios de seguir su vocación a los sectores más humildes y a las zonas más apartadas.

La formación de los profesores de profesores

Con mayor importancia aún debería constituirse en el centro de una política educativa sobre formación de profesores la preparación de los que van a ser los responsables de esa formación. Las actividades y el gasto que se hagan en este sector, relativamente minoritario, son del más alto efecto multiplicador. El primer punto que cabe señalar dentro de este sector es la absoluta coherencia que debe existir entre la preparación de estos formadores, sus actitudes y un modo de concebir la educación y el tipo de profesor que haya sido determinado como el que cada país necesita en esta circunstancia de su evolución. El equilibrio entre las ideas y la práctica, el conocimiento profundo de los fines y las técnicas de la educación y la capacidad de llevar ese conjunto de ideas a su realización concreta en las instituciones escolares debería ser condición inexcusable de los que se ocupan de la formación de nuevos profesores. Por último, la necesidad de una educación permanente que les permita conocer el panorama mundial y estar al tanto de las nuevas tendencias e investigaciones, es algo con lo que se debería contar en una política educativa previendo etapas de estudio en el más alto nivel en centros de investigación, universidades y en otros países.

El perfeccionamiento de los profesores en ejercicio

Toda consideración panorámica de las necesidades de profesores y técnicos para la educación no puede olvidar la situación actual del profesorado:

- a) En primaria se trata de personas cuyo nivel de formación es de doce años, que trabajan unas novecientas sesenta horas al año, con un promedio de 32 niños. De ellos, uno de cada tres no tiene título y, asimismo, uno de cada tres trabaja en el medio rural. Cuatro de cada cinco son mujeres, y uno de cada siete trabaja en el sector privado. Recibe en su trabajo asesoramiento de un superior (supervisor o inspector), pero de una forma mediata y distante, a razón de un supervisor por cada 114 maestros.
- b) En secundaria se trata de profesionales formados a nivel superior en un promedio de dieciséis años (seis primaria + seis media + cuatro superior). En esta última etapa un 20 por ciento del tiempo se ha dedicado a formación general, un 60 por ciento a preparación en las materias que enseñará más tarde y un 20 por ciento a la preparación pedagógica, incluidas las prácticas docentes. Sin embargo, de los que están en servicio, sólo alrededor de un tercio tienen la formación adecuada. Aproximadamente la mitad son mujeres. También son cerca de la mitad los que trabajan en el sector privado. Es difícil indicar sus horas de trabajo, ya que dependen de muchas más variables que los profesores generalistas de la primaria.

Una política de conjunto debería recoger el amplio clamor de gran parte del profesorado para capacitarse, perfeccionarse y especializarse. El peso que se dé a este ángulo del problema dependerá de la estrategia global que se siga, pero no debe despreciarse el valor de su gestión de estos profesores experimentados, aunque tal vez no bien formados, sobre los nuevos.

EL ASPECTO CUANTITATIVO

Una política que trate de satisfacer las necesidades de profesores, en su aspecto cuantitativo, viene determinada por tres factores fundamentales, a los que se unen otros accesorios:

- a) el crecimiento biológico de la población,
- b) la escolarización extensiva,
- c) la distribución de los alumnos por edades.

El crecimiento demográfico

Las necesidades de profesores seguirán a ritmo creciente coincidiendo con el crecimiento demográfico que, durante los últimos quince años, se ha mantenido —como región— el más alto del mundo: 2,86 por ciento. Las proyecciones señalan para 1985 una población de 68,6 millones de niños entre seis y once años de edad. Esto exigiría, para ceñirnos sólo al campo de la educación primaria, 2,14 millones de profesores. Para alcanzar esa cifra partiendo de las actuales se exige un ritmo de crecimiento anual en el número de profesores de 3,1 por ciento. Ese ritmo de crecimiento es factible, ya que en la realidad el número de maestros ha venido aumentando en la proporción del 5,6 por ciento anual.

El aumento de escolarización

No se puede hacer depender una política educativa tan sólo de un corte en el futuro. Es preciso partir de la situación actual. En este momento, los datos de que disponemos nos indican que el grado de escolarización para el grupo de seis a once años de edad es solamente el 75 por ciento; para los jóvenes de doce a diecisiete años, el 51 por ciento, y para el grupo de dieciocho a diecinueve años, el 8,1 por ciento. Es preciso hacer un esfuerzo para que la educación se extienda más, especialmente en la etapa definida como obligatoria en cada país. Parece que estaría más acorde con la mentalidad de nuestra época una política que extendiese realmente la escolarización a todos los niños comprendidos en la etapa obligatoria, que la que elevase los años que comprende esta etapa, pero sin extenderlos a todos.

La variabilidad por edades

Aunque la primera apreciación simplista pudiera hacer coincidir los tres grupos de edad mencionados con los tres grados de educación generalmente admitidos, la verdad es que sólo en parte se da esa coincidencia. Un estudio de la situación hecho en 1970 demuestra que, si bien el 100 por ciento de los niños matriculados de seis a once años lo están en la educación primaria, los adolescentes de doce a diecisiete años que están matriculados se reparten así: 57 por ciento en primaria y 43 por ciento en media. También los jóvenes de dieciocho a veintinueve años que figuran como estudiantes se dividen en un 64 por ciento matriculados en enseñanzas medias y un 36 por ciento en enseñanza superior. Esta variabilidad de edades introduce un factor de distorsión en las apreciaciones de necesidades reales de profesores para cada grado de educación. Por ello hay que insistir en el carácter meramente indicativo de las cifras que se manejan en una perspectiva general, como aquí venimos haciendo, y la necesidad de estudios cuidadosos en cada país para fijar la política educativa sobre una estimación de necesidades coherente con la situación real de cada sistema.

LOS ASPECTOS ECONOMICOS

Toda decisión política viene limitada y matizada por los recursos económicos. El ideal sería formar tantos y tan excelentes profesores como las normas pedagógicas recomiendan. Dos opciones principales se plantean desde esta perspectiva de conjugar las necesidades de profesores con los recursos económicos:

- a) la proporción profesor-alumnos,
- b) la relación profesores-tecnología.

La proporción profesor-alumnos

Como se señaló en 1975 en la Conferencia Internacional de Educación, convocada en Ginebra por la UNESCO y la Oficina Internacional de Educación, tal vez la primera gran decisión política que deba adoptarse sea la de conjugar la proporción de alumnos por profesor con el crecimiento de éstos. La situación actual en Iberoamérica como conjunto nos da un promedio de 32 alumnos por profesor en primaria, 15 en secundaria y 11 en la superior, cifras que convendría ponderar comparándolas con la media mundial de 29, 18 y 14, respectivamente (África, 39, 23 y 15; América del Norte, 24, 18, y 12; Asia sin China, 36, 23 y 17; Europa y U.R.S.S., 21, 15 y 14, y Oceanía, 27, 16 y 23). Considerando esta situación actual como aceptable, podría mantenerse este factor como constante y estudiar las necesidades en función de las otras variables señaladas: crecimiento de la población, extensión de la educación obligatoria a todos los niños, variabilidad en

la edad y necesidades de actualización y capacitación de los docentes en servicio.

Profesores o medios didácticos

Otra gran decisión política se refiere a la distribución de los recursos económicos disponibles entre el pago a los profesores y la preparación de medios materiales que faciliten la labor de aprendizaje de los niños. Actualmente, la proporción que se emplea en honorarios de los profesores —siendo una de las profesiones peor remuneradas en casi todo el mundo— viene a consumir el 80 por ciento de los recursos disponibles en los países en vías de desarrollo. Esto quiere decir que queda muy poco, de los frecuentemente mezquinos presupuestos de educación, para producir un material y unos medios que liberen al profesor de los aspectos inertes y enfadosos de su labor y que le dejen ocuparse de las tareas más creativas: dirección de grupos, organización de situaciones, orientación personal y evaluación continua y retroactivadora. Los medios que la moderna tecnología pone al servicio de la educación permiten reproducir, conservar y usar indefinidamente módulos educativos —lecciones ilustradas, situaciones simuladas, ilustraciones gráficas y auditivas, textos programados— que han sido evaluados, probados, retocados y perfeccionados hasta un grado que difícilmente y en contadas ocasiones podrá alcanzar el profesor aislado trabajando con el primitivo instrumental didáctico que todos conocemos.

Una vez conseguidos, esos módulos permiten abaratar la educación en grado insospechado, pero su producción es costosa y exige una inversión que difícilmente podrá hacerse si hay que seguir gastando la parte sustancial del presupuesto educativo en pagar a los profesores. Es aquí, tal vez, donde la colaboración entre países —sobre todo cuando entre ellos hay vínculos y raíces comunes— y la ayuda internacional incidiría en el punto crítico que permite una "capitalización" de medios pedagógicos que representaría un ahorro de personal y una mejora de la calidad para el futuro. Si el primero de estos resultados —es decir, el ahorro de personal— puede tener efectos contraproducentes en países aquejados del desempleo como el más grave cáncer social y habría, por lo tanto, que utilizarlo con suma prudencia, la mejora de la calidad docente —perdida tantas veces en retóricas y bizantinismos estériles— parece un objetivo común a toda la región y prioritario en los diferentes sistemas educativos.

Una decisión viable y de casi inmediata rentabilidad operativa podría ser la creación de un centro de investigación y producción de ese instrumental técnico al servicio del maestro. Una institución dotada de independencia económica, política y administrativa, con la suficiente agilidad para moverse en una dimensión interdisciplinaria y con el realismo necesario para no evadirse de los problemas concretos del país. La cooperación entre los países de la región —incluida por supuesto España— y una ayuda técnica internacional, claramente definida y supervisada por cada país, podrían ser importantes en el surgimiento de estas instituciones.

